

aún no se había puesto de acuerdo en muchos puntos cuando expiró aquel plazo. Thouvenel pidió un aplazamiento de la ocupación, al cual accedieron las potencias, y se fijó el 5 de junio de 1861 como término de ella. Finalmente la Puerta se obligó á pagar setenta y cinco millones de piastras para indemnizar á los cristianos, llamó á Fuad-bajá, que hubo de retirarse sin que su política astuta recibiera toda su recompensa, y nombró gobernador del Líbano á Daud-bajá, armenio católico á cuyas órdenes se puso la milicia indígena para mantener el orden.

La expedición había concluído. En todo este asunto, Francia fué la única potencia que se puso por encima de todos los antagonismos vulgares; no había hecho caso de las rivalidades ó la intriga, y se dedicó á servir la causa de la civilización y de la humanidad. La idea de la intervención brotó, por decirlo así, del corazón de la Francia cristiana: Napoleón se hizo eco de la opinión pública y envió sus tropas en auxilio de los cristianos de Siria. El 5 de junio terminó el reembarque de estas tropas, que regresaron á Francia, ya que no cargadas de laureles militares, pues no tuvieron ocasión de disparar un tiro, al menos acompañadas, por su caritativo comportamiento, de las bendiciones de los infelices cristianos á quienes habían ido á proteger.

La expedición de Siria, aun en sus limitadas proporciones y en sus resultados incompletos, es una de los mejores actos del reinado de Napoleón III.

IX

EL DECRETO DE 24 DE NOVIEMBRE

Mientras se desarrollaban los sucesos de Italia y se efectuaban las expediciones de China y de Siria que quedan narradas en los anteriores capítulos, la vida en París era tan brillante, ó más si cabe, como desde el principio del Imperio. La alta sociedad parisiense lucía sus galas en los salones, abiertos para continuas fiestas, y la emperatriz daba la norma y el ejemplo para ellas, favoreciendo así el comercio y la industria que nunca como en aquellos días habían hecho tan importantes negocios.

Aparte de esto, el emperador y la emperatriz visitaron en septiembre las nuevas provincias anexionadas, así como la isla de Córcega, cuna de la dinastía imperial, extendiendo su excursión á Argel. En todas partes fueron recibidos con grande entusiasmo, y así las alocuciones de las autoridades como las delirantes manifestaciones de los pueblos les demostraron el arraigo que el segundo Imperio había alcanzado en todos los puntos por donde pasaban.

Pero estos festejos, estos calurosos recibimientos, estas pruebas de simpatía, debían en breve ceder el puesto, en el corazón de la emperatriz especialmente, á crueles sinsabores, á duelos y quebrantos, demostrando así lo deleznable de las cosas humanas. Durante la travesía de la comitiva imperial desde Ajaccio á Argel había fallecido en París la duquesa de Alba, hermana de la emperatriz Eugenia, á quien ésta quería entrañablemente. Las fatigas causadas por la enfermedad de uno de sus hijos menoscabaron su salud; se la condujo á París para consultar á uno de los mejores médicos; pero el mal desafiaba ya los recursos del arte, y aquella dama de treinta y cinco años desapareció del mundo en todo el esplendor de su belleza.

Mientras navegaba desde Argel hasta las playas de Francia, la emperatriz ignoraba que no volvería á ver á su hermana. Encerrada en su camarote, jamás subía á cubierta, tanto más cuanto que la navegación fué muy penosa y hasta peligrosa por el mal estado del mar. El comandante del vapor *Aguila* en el que iban los emperadores, á la vista del golfo de Lyon se mostró preocupado de las dificultades que presentaba aquel paso difícil con tan mal tiempo, y por eso hizo que se propusiera al emperador hacer rumbo á Portvendres para evitar la travesía del golfo. Napoleón, que estaba muy mareado y deseaba desembarcar en cualquier parte cuanto antes, aprobó la proposición.

Efectuóse el desembarco el 21 de septiembre; pero como nadie tenía noticia de la llegada de los emperadores, no los esperaba ningún carruaje, y gracias á un tendero de comestibles y á un carnicero se requisaron medios de locomoción para ir á Perpiñán á tomar el ferrocarril.

El emperador no creyó poder ocultar más tiempo á la emperatriz la muerte de su hermana. En el momento en que ponía el pie en el suelo de Francia, la infortunada soberana supo la funesta noticia y su aflicción no tuvo límites. Luego se puso en camino con su esposo y sus damas en los cuatro carricoches que fué posible encontrar. Los ayudantes de campo y el personal indispensable se acomodaron con los cocheros.

«Así acabó, dice el general Fleury, el viaje triunfal de Niza, de Córcega y de Argel. ¡Qué lección! Por espacio de un largo mes todo habían sido aclamaciones entusiastas, fiestas, bailes, banquetes, paseos en esos dorados carruajes que la muchedumbre admira, y para terminar esta odisea, casi un naufragio! ¡Un barco suntuoso, construído bajo la dirección de Dupuy de Lome, el «constructor de genio» como le ha llamado el emperador, que no puede aventurarse á hacer sin peligro la travesía del golfo de Lyon! ¡Cómo tienen su reverso las medallas de las grandezas humanas! Cuando ocurren estos cambios, ¡cómo deberían reflexionar los príncipes sobre estas advertencias del cielo! Si las olas son movedizas, la fortuna es también inconstante.»

El 22 de septiembre llegaban SS. MM. á Saint Cloud, donde los esperaba su hijo; pero nada podía consolar á la emperatriz. Entonces escribió á la condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie que le había enviado su pésame: «¡Si supiera usted lo que he sufrido en estos últimos tiempos, mi inquietud constante durante mi viaje y mi permanencia en Argel! En fin, no encontrar al llegar más que la casa vacía, sin tener siquiera el consuelo de abrazar su cuerpo inanimado, todo esto constituye un breve resumen de lo que cuestan las elevadas posiciones en la tierra. A menudo se llega á ellas pisoteando nuestro propio corazón. Por esto me pregunto á veces si los bienes de la tierra valen las penas que uno se toma por conservarlos.»

Además de la muerte de su hermana, la emperatriz tenía otros disgustos: el 18 de septiembre, la víspera de su partida de Argel, el ejército del Papa, del padrino de su hijo, había sido derrotado por los piemonteses en Castelfidardo, y algunos días antes, los reyes de Nápoles, cuyas desgracias le inspiraban la mayor simpatía, tuvieron que salir de su capital, en la que entraba Garibaldi, personificación de la revolución triunfante.

Entristecida y desalentada, tomó de pronto una resolución que causó vivo asombro. En el momento en que los médicos reconocían en ella un estado de ánimo que ejercía funesta influencia en su salud, se resolvió á emprender un largo viaje para distraer en lo posible su pesadumbre; pero quería hacer este viaje de incógnito, sin pompa, sin etiqueta, como simple particular. En su consecuencia el 14 de noviembre salió de Saint-Cloud, acompañada únicamente de



BAROCHE, VICEPRESIDENTE DEL CONSEJO DE ESTADO

su caballerizo el marqués de Lagrange, y de sus damas de honor Mad. de Saulcy y la condesa de Montebello, y al llegar á París se encaminó directamente á la estación del ferrocarril del Norte, donde el marqués de Lagrange tomó en el despacho los billetes para ella y las personas de su comitiva. Su objeto era ir á Inglaterra viajando como una señora particular con el título, que después ha usado en sus viajes, de condesa de Pierrefonds. Cuando llegó á Londres, ni el conde de Persigny ni ningún individuo de la embajada la esperaban, y recorrió la ciudad en un coche de alquiler sin que nadie la conociera.

Hizo una excursión por Inglaterra y por Escocia, pero no pudo guardar mucho tiempo el incógnito, y dondequiera que fué reconocida, las poblaciones le hicieron una afectuosa acogida. Esta fué tanto más significativa en Mánchester cuanto que no se la esperaba en la gran ciudad manufacturera, y cuando salió de ella la saludaron desde la fonda hasta la estación los gritos y aclamaciones de millares de personas. Otro tanto sucedió en Leamington. En Londres la recibió al apearse del tren el príncipe consorte, quien la acompañó en un coche de palacio hasta el de Windsor donde la aguardaba la reina. En fin, colmada de agasajos y de atenciones por parte de la corte y de manifestaciones de simpatía por la del pueblo inglés, la emperatriz Eugenia regresó á París bastante aliviada, después de un viaje que había durado un mes.

Durante su ausencia el emperador había adoptado una grave resolución, introduciendo un cambio considerable en el régimen parlamentario francés: de esta época data el *decreto del 24 de noviembre*, es decir, la primera, la más importante de las evoluciones sucesivas que transformaron el Imperio autoritario en Imperio liberal.

Este decreto, como el tratado de comercio con Inglaterra, fué una sorpresa, un verdadero golpe teatral. La antigua oposición se veía completamente desarmada, reinaba el silencio en torno de las instituciones imperiales, nadie esperaba ninguna reforma, cuando el emperador, obrando *motu proprio*, promulgó dicho decreto.

Este dejaba intacta en todas sus partes esenciales la constitución de 1852. A pesar de las excitaciones de los periodistas, ganosos, como era natural, de mayor libertad, no modificaba el decreto sobre imprenta, ni ningún otro de los reglamentos restrictivos publicados al principio del Imperio. Tan sólo tenía relación con las Cámaras.

He aquí cómo lo analiza M. de la Gorce, uno de los más competentes historiadores del segundo imperio:

«Un antiguo uso de la monarquía parlamentaria autorizaba á las Cámaras á redactar un Mensaje en contestación al discurso pronunciado por el monarca al principio de cada legislatura. La discusión de este Mensaje permitía á los diputados recorrer todo el ciclo de la política interior ó exterior, expresar al soberano sus felicitaciones ó sus pésames, y asociar, mediante la lata publicidad de las sesiones ó de los discursos, á la nación entera á sus pensamientos. Al supri-

mir la legislación de 1852 este uso y al proscribir además el derecho de interpelación, no había dejado á los elegidos del sufragio universal ningún medio de abordar la política general... La disposición principal del decreto del 24 de noviembre era el restablecimiento del Mensaje, ya en la Cámara ó ya en el Senado. Así pues, el Cuerpo legislativo, preservado hasta entonces cuidadosamente de



M. Billault, ministro francés

todas las tentaciones de la publicidad, tendría una vez al año el derecho de hacerse eco de los deseos del país, de pasarlos revista y de hacerlos llegar hasta los pies del trono.

»Seguía otra innovación no menos notable. Desde 1852 el gobierno se había dedicado, con arte maquiavélico, si no á prohibir la elocuencia, por lo menos á evitar que trascendiera fuera de las Cámaras. Allí donde el público buscaba discursos, no encontraba más que actas ó ligeros extractos de sesiones; así fué que en breve se acostumbó á no buscar nada, y únicamente en los últimos tiempos la importancia de las cuestiones debatidas había despertado cierta curiosidad.

»El decreto imperial restablecía la reproducción íntegra de los debates por medio de la taquigrafía, con lo cual el país recogería, vibrante aún, la pala-